

*El 16 de octubre se cumplen cincuenta años de la muerte de Gaston Bachelard, matemático, filósofo, poeta. Esa triple calidad hace de él una figura singular, una mente fuera de serie cuya vasta obra —el Fondo ha publicado nueve de sus libros— mantiene plena vigencia y no deja de seducir a nuevos lectores. Revisemos en algunos párrafos su vida y la ruta que ha seguido su obra para llegar al español*

# Gaston Bachelard, filósofo de la imaginación

RAFAEL VARGAS

**E**s difícil caracterizar de manera sintética la obra de Gaston Bachelard sin reducirla simplemente, como suele hacerse, a una dualidad: de un lado la vertiente científica, dedicada a la epistemología (o, considerada con mayor amplitud, a la filosofía de la ciencia), y del otro la poética, enfocada a la fenomenología de la imaginación. Se trata, en efecto, de dos campos distintos del conocimiento (“los ejes de la poesía y de la ciencia son inversos en principio”, dice el propio Bachelard) pero complementarios a través de la filosofía, que puede unirlos “como a dos contrarios bien hechos”.

Así quería demostrarlo con la publicación, que él habría querido simultánea, de *La formación del espíritu científico* (enero de 1938) y *Psicoanálisis del fuego* (noviembre de 1938), libros entre los que se establece una serie de correspondencias y reflejos. Ésa era también la intención de Jean Paulhan, el legendario crítico literario y editor, quien deseaba publicar ambos trabajos bajo el sello de Gallimard —pero Bachelard ya había comprometido el primero con la casa editorial Vrin, dedicada a la publicación de obras de filosofía y editora de sus libros anteriores.<sup>1</sup>

En uno y otro, Bachelard acude siempre a la literatura, sobre todo a la poesía. Pero, ciertamente, la vertiente “literaria” de su obra es más accesible al lector no familiarizado con la ciencia y los problemas del conocimiento, que exigen un cúmulo de lecturas especializadas. Antes de abundar en ella hay que subrayar que la vertiente científica es, en verdad, muy compleja, y que Bachelard se muestra como un pensador de altos vuelos. Su noción de ‘corte’ o ‘ruptura’ epistemológica, acuñada en 1934, en *El nuevo espíritu científico*, y ahondada en *La formación del espíritu científico*, conforme a la cual los avances en la ciencia no sólo requieren una acumulación, sino una ruptura con los hábitos mentales del pasado, para vencer resistencias y prejuicios que pertenecen al cuadro conceptual y a las imágenes dominantes en la configuración epistemológica que ha de superarse —estoy citando, aunque no de manera textual, al filósofo español Albert Ribas—, se corresponde aproximadamente a lo que en 1962 escribirá Thomas S. Kuhn sobre los cambios de paradigma en *La estructura de las revoluciones científicas*.<sup>2</sup>

Como es lógico, sus ideas han dejado una estela importante entre los pensadores franceses posteriores a él. Ejemplo de ello es Michel Foucault, para quien Bachelard —según escribe James Miller,<sup>3</sup> profesor de The New School for Social Research— significó mucho en sus años de formación. “Nunca fui directamente su alumno —le dijo Foucault a Duccio Trombadori en 1978— pero leía sus libros. Y fue el filósofo vivo de quien más leí cuando era estudiante. [...] Había en su obra una serie de elementos que me sirvieron mucho y que he elaborado posteriormente.”<sup>4</sup> “Algunas de las páginas más hermosas de *Locura y civilización*<sup>5</sup> —escribe Miller— sobre el mundo acuático que va y viene en la ‘Nave de los locos’ medieval deben mucho al modo como Bachelard analiza el ensueño del agua.” “Nadie —apuntó Foucault en 1954— ha entendido mejor el trabajo dinámico de la imaginación.”<sup>6</sup>

**II**  
“Queremos siempre que la imaginación —dice Bachelard en la introducción de *El aire y los sueños*— sea la facultad de *formar* imágenes. Y es más bien la facultad de *deformar* las imágenes suministradas por la percepción y, sobre todo, la facultad de librarnos de las imágenes primeras, de *cambiar* las imágenes. Si no hay cambio de imágenes, unión inesperada de imágenes, no hay imaginación, no hay *acción imaginante*. Si una imagen *presente* no hace pensar en una imagen *ausente*, si una imagen ocasional no determina una explosión de imágenes, no hay imaginación.

Hay percepción, recuerdo de una percepción, memoria familiar, hábito de los colores y las formas. El vocablo fundamental que corresponde a la imaginación no es *imagen*, es *imaginario*.”

**III**

La apreciación de la obra de Gaston Bachelard es diversa, pero siempre positiva.

En 1963, cuando Roland Barthes se pregunta “¿Qué es la crítica?”, Bachelard le parece el precursor de una escuela crítica fundada en el análisis de las sustancias desde una óptica psicoanalítica heterodoxa a través de la cual “sigue las deformaciones dinámicas de la imagen en numerosísimos poetas”. Esa escuela es “tan rica que puede decirse que la crítica francesa es actualmente, bajo su forma más desarrollada, de inspiración bachelardiana (Georges Poulet, Jean Starobinski, Jean-Pierre Richard).”<sup>7</sup>

Bachelard inició su estudio del fenómeno de la imagen poética en 1938 con *Psicoanálisis del fuego*,<sup>8</sup> obra —dice en las páginas introductorias— que “es una ilustración de todas las tesis generales sostenidas en un reciente libro sobre *La formación del espíritu científico*. [...] No sería difícil volver a hacer para el agua, el aire, la tierra, la sal, el vino, la sangre, lo que nosotros hemos bosquejado aquí para el fuego.” Sus palabras son prácticamente la enunciación de un proyecto.

En 1948, tras escribir cinco libros más en los que ahonda sus indagaciones en la entraña de la imagen poética —*Lautréamont* (1939), *El agua y los sueños* (1942), *El aire y los sueños* (1943), *La Tierra y los ensueños del reposo* (1946), *La Tierra y los ensueños de la voluntad* (1948)—, Bachelard ha desarrollado a plenitud su filosofía de la imaginación material, que lo vuelve tan apreciado en el mundo de las letras. Es también en 1948 cuando un matemático y filósofo de 25 años de edad, adentrado en el camino de la poesía (si bien pasarán dos años antes de que publique su primer libro), se inscribe como alumno de Bachelard en el Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, que este último dirige. Se trata de Yves Bonnefoy, hoy el más célebre poeta de Francia, cercano a cumplir 90 años.

Bonnefoy, quien trabó amistad con Bachelard en aquella época, publicó en el 2001 un testimonio sobre su maestro: “Bachelard en mi recuerdo”.<sup>9</sup> Contra lo que podría suponerse —y lo deja muy claro desde el primer párrafo—, “No era el teórico de la poética lo que más me atraía de Bachelard. No porque yo fuese enemigo de reflexionar sobre los elementos —*Psicoanálisis del fuego* fue uno de los primeros libros suyos que leí, debido a una nota de Maurice Blanchot que por azar llegó a mis manos [...] sino porque me parecía que Bachelard hablaba de la imaginación y no de la poesía [...] El Bachelard que me atraía era el autor de *El nuevo espíritu científico*, libro que yo había devorado, y el de *La filosofía del no*. Nutrido de un poco de matemáticas y de física, al concluir mis primeros años de licenciatura yo soñaba con una síntesis audaz de la epistemología [...] como la que se esbozaba en esas obras, sobre todo en la segunda. Era *ese* Bachelard, el que dejaba atrás las ortodoxias del racionalismo en el seno mismo de la razón, el que, en suma, me parecía el verdadero poeta.” Y a ese Bachelard fue al que le pidió que dirigiera su tesis sobre historia y filosofía de las ciencias.

Bonnefoy no asistió a los concurridísimos cursos de Bachelard sobre la imaginación de la materia; en cambio, en los cursos sobre filosofía de la ciencia el grupo sólo estaba compuesto por el aún joven poeta y cuatro o cinco estudiantes más, lo que les permitía “beneficiarse de manera casi privada de su presencia y su palabra” cuando les hablaba de matemáticas y de físico-matemáticas.

**IV**

Gaston Louis Pierre Bachelard nace el 27 de junio de 1884 en Bar-sur-Aube, un pequeño poblado a 240 kilómetros al sureste de París, en la región de Champagne, habitado entonces por 4 636 personas, en el que sus padres tenían un pequeño expendio de periódicos y tabaco. Su infancia transcurre prácticamente en el campo. Le gusta pasear por el bosque en los alrededores, ama los árboles (juno querría que Bachelard hubiese escrito un libro sobre los árboles!), los ríos... Es en la infancia, viendo a su padre atizar el fuego en el hogar, cuando comienza a mi-

1 Sobre la relación entre ambos escritores véase el documentado ensayo de Jean-Luc Pouliquen, “Páginas de historia y crítica literarias en torno a Gaston Bachelard y Jean Paulhan”, en *Thémè. Revista Complutense de Estudios Franceses*, Madrid, 2003, pp. 91-98.

2 Albert Ribas, “Bachelard: del cientifismo a la imaginación de la materia”, en Jaime D. Parra (coord.), *La simbología. Grandes figuras de la ciencia de los símbolos*, Barcelona, Montesinos, 2001, pp. 121-129.

3 James Miller, *La pasión de Michel Foucault*, traducción de Óscar Luis Molina, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996, p. 82.

4 Duccio Trombadori, *Conversaciones con Foucault*, traducción de Carlo R. Molinari Marotto, Buenos Aires, Amorrortu, 2010, p. 66.

5 El FCE publicó ese libro de Michel Foucault en 1967, traducido por Juan José Utrilla.

6 Michel Foucault, en la “Introducción” al libro de Ludwig Binswanger, *Le Rêve et l'Existence*, París, Desclée de Brouwer, 1954.

7 Roland Barthes, “Qu'est-ce que la critique?”, *Essais critiques*, París, Éditions de Seuil, 1981, p. 262.

8 Gaston Bachelard, *Psicoanálisis del fuego*, traducción de Ramón G. Redondo, Madrid, Alianza Editorial, 1966, p. 14.

9 Yves Bonnefoy, “Bachelard dans mon souvenir”, en *Dans un débris de miroir*, París, Galilée, 2006, p. 67-72.

rar con atención los elementos. “Toda infancia es fabulosa —escribió—. Pertenecemos a nuestra infancia como se pertenece a un país.”

Adolescente, todo le interesa. Sus compañeros de escuela dan testimonio de ello. Y su curiosidad aumenta a la par que sus años. Su vida, sin embargo, se desarrolla siguiendo un trazo sencillo. En 1903, a los 19 años de edad, se convierte en empleado de telégrafos en Remiremont, una pequeña población al este de Francia, rodeada de montañas boscosas. En 1906 es llamado a cumplir con su servicio militar y al año siguiente, después de concluirlo, el servicio de telégrafos lo comisiona a París. Ese cambio le permitirá proseguir sus estudios. Como quiere convertirse en ingeniero de telégrafos, ingresa a la Facultad de Ciencias. Estudia por las mañanas y trabaja por las tardes. Estudia matemáticas, física, astronomía. Consigue una beca. Dedicar sus vacaciones a estudiar. En 1912 obtiene su licenciatura en matemáticas. Concurra por el puesto que anhela en los telégrafos. Queda en tercer lugar, pero sólo hay dos plazas disponibles.

Todo cambiará a raíz del estallido de la primera Guerra Mundial. Pronto es reclutado. Apremiado por la situación, antes de marchar al frente decide casarse con Jeanne Rossi, su novia. Lo hacen el 8 de julio de 1914. El 2 de agosto parte al combate. Estará siempre en la línea de fuego, como telegrafista, reparando las líneas que constantemente destruye el enemigo. Sus camaradas recuerdan su templanza en medio del combate. Recibe condecoraciones por su valor. Tiene muy pocas oportunidades de reunirse con su mujer durante ese periodo, que al fin concluirá con su desincorporación del ejército el 16 de marzo de 1919.

Se establece en Voigny, cerca de su pueblo natal. Da clases de química y física en el colegio de Bar-sur-Aube. Todos los días recorre a pie la distancia entre ambos lugares: doce kilómetros. Paralelamente, estudia filosofía. Son abundantes los testimonios sobre su capacidad de trabajo y esfuerzo a lo largo de toda su vida. A veces parecería no tener alternativa. El 18 de octubre de 1919 nace su hija Suzanne (que, andando el tiempo, se convertirá en su gran colaboradora y, al final, en su albacea). Jeanne, enferma de tuberculosis, muere el 20 de junio de 1920. A pesar de su difícil situación, ese mismo año concluye la licenciatura en filosofía. En 1960, al escribir *La poética de la ensoñación*, deslizará una frase por demás reveladora: “En las grandes desdichas de la vida, se gana en ánimo cuando se es el sostén de un niño.”<sup>10</sup>

Decide que su hija crezca con la misma libertad que él y se establece en Bar-sur-Aube, en cuyo colegio da clases de filosofía. Al poco tiempo comenzará a estudiar letras en la Sorbona. Se doctora en 1927. Empieza a trabajar en la Facultad de Letras de la Universidad de Dijon, donde será profesor de filosofía a lo largo de una década. Ama la lectura y el estudio. “No soy más que el sujeto del verbo estudiar. A pensar no me atrevo. Antes de pensar hay que estudiar.” Sus amigos y alumnos se refieren siempre a su memoria prodigiosa.

En 1940, Abel Rey, creador del Instituto de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, fallece. Bachelard ocupa la cátedra de Historia de la Filosofía que aquél deja vacante en la Sorbona y asimismo asume la dirección del instituto. La estabilidad que gana multiplica su capacidad de trabajo y se multiplican también los reconocimientos nacionales e internacionales, así como las invitaciones a viajar a diversos países.

En noviembre de 1961, a iniciativa del distinguido ensayista y crítico de arte Gaëtan Picon, se le otorga el Gran Premio Nacional de Letras. Crece la venta de sus libros. Sus editores están felices. Pero para él, el honor conferido es en cierta forma una calamidad. Los periodistas lo asedian. Interrumpen su trabajo, los diversos libros que tiene en cantera —entre ellos, una “poética del fuego” que no alcanzará a concluir.<sup>11</sup> En agosto de 1962 su salud comienza a menguar con rapidez. En octubre ingresa al hospital. En la mañana de su último día de vida, a pesar de la inmensa fatiga, cada vez que despierta expresa sus deseos de dictar algo. Muere a la una de la tarde del martes 16.

**V** Gaston Bachelard empezó a ser leído en México, y en el ámbito de habla española, a través de las ediciones del Fondo. Su obra llegó a esta casa hacia finales de los años cincuenta, de la mano de Arnaldo Orfila Reynal. Lamentablemente, no hay en el archivo histórico de la casa copia de todos los contactos que en un comienzo se hicieron con el autor y sus editores, pues el primer libro de Bachelard que el Fondo publicó, *El aire y los sueños*, apareció en 1958, y eso supone que por lo menos un año antes debe haberse establecido algún tipo de correspondencia al respecto.

Por fortuna, sí queda registro de las gestiones que se emprendieron para contratar el segundo libro que editó el FCE: *La poética del espacio*, impreso en 1965. El 22 de julio de 1959 Bachelard le escribe a Orfila desde París:

“Estimado señor:

”Estaré muy contento si uno de los tres libros que han elegido puede ser traducido para una de sus colecciones. Ya estoy deleitado por la atención que ustedes han concedido a *El aire y los sueños*.

”En cuanto a su amable invitación para ir a México, ¡ay!, ya no me es posible hacer viajes largos. Hace unos meses tuve que rechazar una invitación parecida para ir a los Estados Unidos. Aunque no padezco ningún mal, ya no soy suficientemente fuerte. Tengo 75 años. Por fortuna, aún puedo trabajar, y deseo emplear todas mis fuerzas en trabajar. Pero le doy mis más sinceras gracias.

”Muy cordialmente,

”Gaston Bachelard”

Es notable que Orfila le haya propuesto a Bachelard venir a México, gesto que reservaba para autores que consideraba muy importantes, y con el que también buscaba beneficiar a la Universidad Nacional Autónoma de México, institución en la que el francés quizá podría haber brindado conferencias o dictar algunas clases —tal como le propuso al sociólogo C. Wright Mills en la misma época.<sup>12</sup>

El 12 de febrero de 1960, probablemente después de haber enviado a Bachelard alguna otra carta, Orfila le comunica:

“Mi querido profesor:

”Con bastante retraso puedo hacerle llegar a usted nuestra resolución de publicar su libro *La Poétique de l'espace*, si llegamos a un acuerdo con Presses Universitaires de France, a quien escribimos en este momento, ofreciéndoles las mismas condiciones bajo las cuales contratamos su libro *El aire y los sueños* con José Corti.

”Estaríamos muy contentos de poder publicar este nuevo libro suyo para contribuir a que se difunda su pensamiento entre el mundo estudioso de habla hispana.

”Siempre espero con interés que pueda usted robarle algunas horas a su trabajo y enviarme algún artículo para nuestra *Gaceta*, porque sé que de esa forma también contribuiremos a su difusión, ya que esta publicación, en edición de 25 000 ejemplares, llega a las manos de escritores y estudiosos de todo el mundo de habla española.

”A la espera de sus noticias, me complazco en repetirme de usted su muy afectuoso y atento amigo,

”Arnaldo Orfila Reynal”

En 1960 Bachelard es ya una gran celebridad internacional. El gobierno francés lo condecora como Comandante de la Legión de honor y la UNESCO manda a hacer un documental sobre su obra y su persona. Pero las piernas han comenzado a darle problemas serios. En su correspondencia de principios de ese año se queja de que no puede sentarse a trabajar. Sus libros no avanzan. No puede caminar. No puede usar la mano derecha para escribir. No obstante, el 24 de febrero de 1960 le escribe nuevamente a Orfila, a mano, con una letra a ratos difícil de descifrar:

“Estimado señor:

”Le pido una disculpa por el retraso con que le escribo. He estado enfermo y en este momento todo mi trabajo está abandonado. Quisiera enviarle un artículo, pero en estos días escribo poco. Quisiera publicar un nuevo libro. En el periodo más difícil en la vida de un hombre quisiera, luego de terminar un libro, comenzar otro.

”Naturalmente, estaría encantado de que se pudiera llegar a un acuerdo entre ustedes y PUF para la traducción de mi *Poética del espacio*.

”El doctor Mario Berta,<sup>13</sup> de Montevideo, me vino a ver en estos días. Ha hecho favor de contarme que en la clínica psiquiátrica que él dirige utilizan *El aire y los sueños*, el libro que ustedes han traducido.

”Y también debo agradecerle esa magnífica agenda mexicana. Mi hija y yo la utilizamos para anotar las citas con nuestros amigos. Qué maravilla que un país acumule el prestigio de varias civilizaciones. ¡Qué lástima que la edad no me permita ir a saludarlos a ustedes!

”Le ruego, estimado señor, que acepte mis saludos más cordiales,

”Bachelard”

En mayo de 1960 Orfila le escribe una vez más para contarle que el libro se ha contratado y se publicará el siguiente año. Al igual que *El aire y los sueños*, la traducción de *La poética del espacio* le es encomendada a Ernestina de Champourcín, poeta española que en 1940 llegó a México con su marido, el también poeta Juan José Domenchina. Las versiones que ella logra de Bachelard son, para decirlo con una palabra que debe usarse muy pocas veces, insuperables. Es probable que Orfila se las haya solicitado a sabiendas de que la mejor versión posible de esos libros la haría un poeta. Lo que no sabemos es si Bachelard llegó a estar enterado de que era una escritora de versos quien lo trasladaba al español. Le habría gustado la noticia.

Otros dos poetas emplearon también todo su talento al traducir libros de Bachelard para el Fondo. La uruguaya Ida Vitale realizó la traducción de dos obras: *El agua y los sueños: ensayo sobre la imaginación de la materia* (1978) y *La poética de la ensoñación* (1982). Rafael Segovia Albán vertió el que hasta ahora es el último libro de Bachelard publicado en México: *La tierra y las ensoñaciones del reposo* (2006). Y no son poetas, pero son asimismo estupendos traductores, Angelina Martín del Campo, responsable de *Lautréamont* (1985); Jorge Ferreiro Santana, quien vertió *El derecho de soñar* (1985) y *La intuición del instante* (1987), y Beatriz Murillo Rosas, autora de la versión de *La tierra y los ensueños de la voluntad* (1994).

Acaso las fechas en que han sido publicados estos títulos en nuestro idioma tengan que ver, por lo menos en parte, con la escasa apreciación que la vertiente estética de la obra de Bachelard ha tenido en nuestra lengua. Es evidente que para comprenderla en su conjunto es necesario leerla en progresión cronológica, algo que sólo es posible ahora que toda esa vena se halla traducida (de ella sólo faltan, en el catálogo del Fondo, dos obras: *Psicoanálisis del fuego* y *La llama de una vela*, ésta última publicada por Monte Ávila Editores, en versión de otro poeta: el argentino Hugo Gola). Hasta el momento sólo existe un intento de hacer esa lectura global: *La estética de Gaston Bachelard. Una filosofía de la imaginación creadora* (Verbum, Madrid, 2002) de Luis Puelles Romero, profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Málaga.

Como es comprensible, Bachelard suele ser abordado con más frecuencia desde la academia que desde la literatura, pero no cabe duda de que a pocos autores se puede leer con tanto deleite y provecho como a él. Su obra, escrita con una prosa siempre exquisita, está repleta de ideas profundas, reveladoras, incitantes. Uno se interna en ella con un sentimiento de constante asombro, deslumbrado a ratos por su contundente claridad, feliz siempre de contemplar el magnífico espectáculo en que se convierte el despliegue de su inteligencia. Si lo hace uno en compañía de un lápiz, querrá subrayarlo todo, porque todo se antoja importante y memorable. Y si se tiene un cuaderno a la mano, es inevitable fantasear también con la idea de transcribirlo todo, primero por el placer de releer con la lentitud que toda transcripción implica, y en seguida porque quizás ese ejercicio podría permitirnos huir de cuando en cuando los dedos en la corriente de sus palabras.

Y es que en la lectura de la obra de Gaston Bachelard se tiene la posibilidad preciosa de cultivar y refinar la imaginación, desde el hecho básico de entender aquello que se designa con tal nombre. Enfrentado a esas páginas, uno siente que casi puede escuchar su voz, interrogando: “¿Volarás al fin, lector? ¿Te quedarás sentado, inerte, mientras que todo un universo tiende hacia el destino de volar?” ◀

*Rafael Vargas es, gracias entre otros a Bachelard, un atento —e imaginativo— lector de poesía.*

10 Cito la traducción de Ida Vitale, hecha para el FCE en 1982 (véase la página 202).

11 Aparecería bajo el sello de Presses Universitaires de France (PUF) en 1988. Hay una versión en español hecha por Hugo F. Bauzá, publicada en 1992 por Paidós.

12 Véase “C. Wright Mills y la urgente difusión del conocimiento”, *La Gaceta*, núm. 497, mayo de 2012.

13 Mario Berta (1920-2009), distinguido investigador uruguayo de psiquiatría, hacía estudios de posgrado en Francia precisamente en ese tiempo.